

Prólogo

Leí y releí *La viuda de los Van Gogh* y no perdió su encanto. Para mí es una historia de enigmas. La relación umbilical entre Théo y Vincent. Entre los tres Vincents. Entre la inspiración y la locura. Entre un diario íntimo y el mundo que inventa. En ese mundo, un moribundo se ve pasando por una puerta estrecha, un chico nace de la tiniebla en un agua luminosa. Alrededor, en un borde de sombra, giran otros enigmas. Carros que circulan sin luz en noches intranquilas. El recuerdo de un cadáver extendido en una mesa de billar en una taberna. Estas cosas existen en la realidad, pero hay que saber encontrarlas. Camilo las ve. Nos habla desde varias voces, en el diario, en cartas, en poemas. La realidad histórica se amplía con la verdad poética de cada observación. Camilo sabe lo que se come en una casa de familia de Utrecht, y nos muestra que el arte es un cristal de una perfecta claridad tan impenetrable como la locura. Como todo libro extraordinario, está y se nos va de las manos.

LUIS HARSS

I

Una sombra pesada, en cada peldaño de la escalera, fue el anuncio: Théo Van Gogh entró con el fantasma de la muerte pisándole los zapatos.

Johanna lo miró. En tres días había envejecido diez años.

Casi no reparó en su esposa y apenas si saludó al niño. Con una parsimonia extrema, colocó bajo la cama los últimos trabajos de su hermano, una serie de rollos con lienzos de pintura aún reciente. Después, en el baúl de roble de las cartas, dejó una última que Vincent Van Gogh tenía entre sus ropas cuando se pegó el balazo y se acostó a dormir.

El traqueteo de las patas de los caballos sobre el empedrado empuja a Johanna Van Gogh-Bonger a sus papeles. Pero, hasta que llega a las palabras, antes deja ordenada su casa: ese pequeño universo cada vez más incierto.

Sobre una mesa de madera de almendros, en el cuarto piso de la calle Pigalle número 8 de Montmartre, comienza a desdibujarse la música de la ciudad despierta. Y así como avanza la noche, ella no logra vislumbrar el color de lo que se avecina.

La coincidencia, o lo que sea, quiere que ella inaugure un nuevo cuaderno de su diario íntimo con la novedad de la muerte de su cuñado. Escribe.

“Théo no quiso hablar de la agonía de Vincent.

Apenas contó que se lo veía tranquilo en el féretro montado sobre la mesa de billar, en la pensión de Ravoux, y que había sido buena la idea de exhibir algunas de sus últimas obras alrededor de su cuerpo de muerto flamante.

Me contuve y evité decirle la grosería que se me cruzó entonces por la cabeza: que por fin había logrado tener su primera muestra individual.

Me quedé en silencio y Théo se fue a dormir. Desde hace seis horas duerme la primera gran siesta sin su hermano en el mundo.”

Siempre me he sentido un poco intrusa, un poco intermediaria, entre los hermanos Van Gogh, escribe, en su diario personal, Johanna Van Gogh-Bonger.

En los últimos cuatro años, ella ha elegido mirar hacia otro lado cuando Théo enviaba los sobres con los ciento cincuenta francos mensuales; ella ha puesto paños fríos, también, cuando su marido, furioso, pretendía abandonarlo a su suerte.

Si ponemos pasión, a fuego lento, se repite, mientras le cambia los pañales a su hijo, y toma una decisión porque su esposo no se mueve de la cama: redactar ella misma la participación de la muerte de su cuñado para enviar a la imprenta.

Como Johanna evita las hipocresías, el anuncio fúnebre lo encabeza Théo, el único que se ha ocupado de todo hasta el final. Con destreza política, de todas formas, Johanna coloca dos hogares de duelo en el anuncio: la vivienda que comparte con su esposo, en Pigalle número 8, Montmartre, París; y, aunque lo siente casi como una concesión, la casa de la señora madre de los Van Gogh, en Herengracht, Leiden, Holanda.

Ella piensa en algo que no quiere pensar. Ella piensa en la larga y agobiante noche de verano, en París, por primera vez si hizo bien en dejar que sea Vincent, en homenaje a su tío pintor, el nombre de su hijo.

“Trato de calmar el dolor de los pezones agrietados por la demanda del niño con una crema de caléndula.

Escribir me calma el resto del cuerpo.

Mi hijo, el pequeño Vincent, duerme en su cuna de roble: pienso, ahora, que tendrá que ser fuerte para quebrar el conjuro que rodea su nombre.”

A Johanna la atormenta sin remedio no haberse opuesto, en el tercer o cuarto mes de embarazo, a la idea de su esposo Théo de continuar la tradición familiar y llamar Vincent al hijo por venir.

Pero entonces ella no sabía que el nombre venía signado por tantas desgracias. Recién pudo reconstruir la historia hace unos pocos días, cuando se enteró finalmente: su cuñado no había sido el primogénito de la familia.

Hubo un hermano de Vincent y Théo antes, al que también llamaron Vincent, y que murió en el momento del nacimiento o a las pocas horas de vida. Johanna todavía no ha podido conocer todos los detalles.

Justo un año después, en la misma fecha, y como una sentencia, nació el Van Gogh que acaba de morir.

Lo que sí pudo saber Johanna, y es una imagen que la persigue desde entonces, es que el primer Vincent fue enterrado en el pequeño cementerio de Zundert, junto a la iglesia de altos muros colorados y una claraboya cercana a los techos de teja, a pocos metros de la casa de los Van Gogh.

Y que el segundo Vincent, el recién suicidado, fue un pequeño que creció llevando flores a una tumba en la que leía su propio nombre y la fecha de su cumpleaños.

“Da escalofríos.

En este diario, de ahora en más, Vincent será el nombre elegido para referirme a mi hijo.

El otro, el muerto, el de los cobaltos y el de los amarillos, el de los trigales maduros y los girasoles contra el mundo, será llamado en estos cuadernos, en adelante, Van Gogh.”

Johanna debe convencer a Théo, que ha permanecido casi dos días enteros en la cama, de que envíe a su madre algunas copias con la participación de la muerte del hermano.

No es sencillo.

No la ven desde que la señora se cayó de una diligencia Van Gend & Loos, un año y medio atrás, y quedó con dolores permanentes en los huesos de su cadera. Lo que terminó acentuando el carácter distante y contrariado de Anne-Cornélie Corbentus. André Bonger, el hermano de Johanna, el mejor amigo de Théo, desde siempre la llama “la mujer de los ojos de hielo”.

Johanna ayuda a su esposo a levantarse de la cama y lo arroja, casi, en una tinaja de agua fría para que reúna un poco de fuerzas. Théo le escribe una carta a su madre que, después, deja deliberadamente sobre la mesa.

La muerte de Vincent es un dolor que me abrumará largo tiempo y que seguramente no desaparecerá de mi pensamiento durante toda mi vida; pero si hemos de decir algo es que él tiene por fin la tranquilidad que tanto deseaba.

La vida le pesaba mucho pero, como sucede a menudo, ahora todo el mundo sólo tiene alabanzas para su talento.

Johanna se sorprende de que la palabra “ahora” esté subrayada con una línea nerviosa.

A ella le parece, además, que no es cierto. Que Théo exagera cuando dice que todo el mundo reconoce ahora el talento de Van Gogh.

El niño Vincent Van Gogh atraviesa un par de días de fiebre y una inquietud de llanto, casi permanente, y regresa de allí con una puntita blanca y mínima en su encía inferior.

El atisbo de su primer diente lo tiene a mal traer.

Johanna alcanza a percibir que su queja tiene una rabia precisa, que su hijo llora como buscando salir de ella. Théo, en cambio, en estos días, en la primera semana de duelo por su hermano, con una barba desprolija y un traje gris oscuro que no se saca ni para dormir, parece hasta cómodo hundido en el fondo del abismo.

“Avanzo, como puedo, por sobre la congoja de mi marido.

La muerte instala en la casa un aire ceremonioso y definitivo. También la idea de que todo lo que hacemos es, de alguna manera, irreal.”

Apoyándose sobre todo en Zuleica, una adolescente española que le ayuda a sostener la casa, Johanna Van Gogh-Bonger toma ciertas iniciativas: ha conseguido algunos ejemplares con la nota que Mauricio Beaubourg publicó al otro día del funeral. *No se puede contemplar un solo cuadro de Vincent Van Gogh, hay que verlos todos para comprender*, escribió en la *Revista Independiente*.

La única mención impresa sobre la muerte de su cuñado.

La archiva en la carpeta con los otros cuatro artículos que, para bien o para mal, aludieron en los últimos tiempos a la marea de cuadros que Johanna distribuye como puede en su casa de Pigalle.

Johanna cree saber cómo habría reaccionado su cuñado ante la nota de Beaubourg: con una incomodidad destemplada ante los elogios, una autocrítica feroz por todo lo que aún debía mejorar.¹

¹ Sólo dos archivos se registran de opiniones favorables a la obra de Van Gogh mientras el pintor vivía. En enero de 1889, en un reportaje que le realizaron en el seminario *Porte Feuille* de Ámsterdam, el pintor J. J. Isaacson lo definió como *un pionero único, que está luchando solo en la noche inmensa. Su nombre, Vincent, está destinado a la posteridad*. Inexplicablemente, la frase molestó mucho a Van Gogh, que le retiró a Isaacson el saludo por un tiempo.

Al otro año, en enero de 1890, en *Le Mercure de France*, en un artículo titulado “Los aislados”, el poeta Albert Aurier publicó la primera crítica elogiosa sobre la obra de Van Gogh. El artista volvió a irritarse y hasta escribió una carta de respuesta al autor argumentando todo lo que aún le restaba

Esos dramáticos excesos de modestia.

Después, arrepentido, y como para reparar la escena, Van Gogh le habría regalado algún cuadro entrañable.

En París, la huelga de cocheros, porque las compañías se niegan a comprar nuevos vehículos, no tiene fisuras. Las crónicas de los diarios hacen pie en la convulsión de la ciudad: los ricos porque no quieren ir a pie y los turistas porque no tienen tiempo que perder; se hace notar la ausencia de los carros de alquiler en la ciudad vacía.

Eso permite, este sábado de agosto de 1890, que Johanna pueda ver en toda su magnitud el empedrado de París: lustroso, bajo la novedad de las lámparas a gas.

—Los coches en las guarderías, los caballos en las caballerizas y los cocheros en las tabernas. En tiempos de Luis Felipe habría ido a parar a la cárcel —le dice a Johanna, en el mercado, una señora muy fina, elegante, nostálgica de tiempos perdidos para siempre.

La pareja queda impresionada con una pluma de hierro de veinte o treinta metros que levanta y baja los barcos como si fueran de cartón.

—Lo que es la ciencia cuando se la reclama para un fin comercial —dice Théo que, por fin, parece interesado en algo que no es la muerte de su hermano.

A la vuelta, muy tarde, Johanna se sienta frente al cuadro de Van Gogh del puente de Tranquetaille, en Arlés: una noche estrellada sobre el Ródano que reverbera de amarillos.

Tiene también fresca la reciente imagen de un barco inmenso, bamboleándose en el aire.

Entre el hecho estético y el avance científico, ¿cuál va o viene de más lejos?, se pregunta.

Ella no se puede dormir hasta la madrugada.

Johanna escribe.

aprender en el mundo de la pintura. Después se arrepintió y le pidió disculpas de diversas maneras y le envió, con Théo, una obra de su período en Arlés.

“Llevé al niño al médico.

En el consultorio, algunos hablan con entusiasmo porque la Cámara de Diputados ha aprobado un crédito durante cinco años, por 58 millones de francos.

No para escuelas ni hospitales sino para la construcción de buques de guerra.

Están locos.

Théo está muy ausente: hoy no ha hablado en todo el día. Su duelo lo ha vuelto taciturno y temo que su salud vuelva a complicarse otra vez.”

Johanna organiza una cena familiar en Pigalle, con su hermano, André Bonger, y la esposa Annie, la Baronesa van Werwolde.

En su estilo, ella baja de un coche de alquiler recién importado de Inglaterra con un novedoso corset de caucho de los que se llevan sin molestias, una enagua de encaje negro sin ningún volado y, por encima, un vestido ligero, de lino. Y se muestra encandilada con su descubrimiento reciente.

—El mosaico cambiará la arquitectura agrisada de París —dice, en ese frívolo tono suyo, nasal e inexpresivo, mientras André, inquieto, se pasa una mano por sus cabellos finos, que parecen de mujer o de niño.

A pesar de Annie, Johanna logra generar un momento de intimidad con su hermano para preguntar un poco más sobre la muerte de Van Gogh, ya que su esposo hasta ahora le ha evitado los detalles.

Johanna los apuntará en su diario esa misma noche.

“La bala en el pecho fue el domingo a la tarde, pero el pintor, digno hasta el final, se negó a darle al doctor Gachet la dirección de esta casa para un correo cablegráfico: no quería para Théo el paisaje de su agonía.”

Fue el doctor Gachet quien, bien temprano, en la mañana del lunes, mandó un mensaje al despacho de Théo, en la antigua Galería Goupil.

Sin avisar, Théo y André se tomaron el primer tren y desde allí enviaron las novedades: entonces Johanna pensó, equivocada, que se trataba de una nueva crisis. Una más.

“Théo me ocultaba, en ese primer correo, la bala en el pecho para evitar una alarma que, esta vez, era real: así es como actúan a veces los Van Gogh.

Como si no supieran la violencia que se ejerce buscando controlar las emociones ajenas.”

Cuando finalmente llegaron hasta la cama de Auvers donde estaba Van Gogh, André debió ocuparse sobre todo de Théo, doblegado por la tristeza, porque el pintor se mantenía lúcido a pesar de las fiebres, y sin quejas, recostado en la cama y fumando de su pipa mientras iba dejando atrás toda su historia.

La alta temperatura lo hacía hablar mucho. Evocaciones del estilo *No fue Théo, no fue Elizabeth, fui yo*, que tal vez reproducían una escena imprecisa de su infancia; hasta frases algo incomprensibles como *No es mucho un hombre solo trayendo de la deriva algún color*; o parlamentos enteros de *Ricardo III*, resabios de la época en que se había fanatizado con Shakespeare.

Théo casi no habló en toda la cena.

—Lo peor fue lo del reverendo² —deslizó, nada más, en algún momento del plato principal.

André completó el relato. Como era un suicida, el sacerdote de Auvers se negó a prestar la carroza fúnebre de la parroquia y le tocó a Émile Bernard, en medio de la enorme melancolía del adiós, ir a negociar otra a un pueblo cercano, Méry.

“Hay una luna llena que los lirios en flor del patio parecen agradecer.

² El apellido del reverendo era Teissier. No ha sido posible rastrear su nombre de pila.

Hasta la zona más festiva y sórdida de Montmartre empieza a desvanecerse en el sueño.

Escribo de noche, tarde, cuando ya nadie puede atraparme con sus pensamientos.

Escribo contra mi instinto: el pequeño ronronea en su cuna como exigiendo mi presencia a su lado.

Recién, parecía capturado por el repique de un sonajero de madera.

Parpadeaba, curioso, y buscaba con sus ojos el origen del sonido.”

Johanna Van Gogh-Bonger se dispone a cocinar unas pechugas de pato que la noche anterior dejó macerando en jugo de cognac y de limón. Las rociará con unas aceitunas negras que compró el pintor, un par de meses atrás, cuando al fin se conocieron y, para ella, Vincent Van Gogh dejó de ser un nombre, los cuadros ocupando todas las paredes de la casa, la correspondencia puntual y obsesiva, las crisis psiquiátricas que llenaron de sombras las noches de su compromiso y su casamiento con Théo, los ciento cincuenta francos por mes.

Mientras las pechugas se doran en la sartén, Johanna corta en trozos pequeños tres cebollas azules y perfumadas, tritura algunos dientes de ajo y recuerda el momento en que conoció a Vincent Van Gogh. Théo fue a buscar a su hermano a la estación de trenes, ansioso porque pensaba que no podría estar ni un minuto solo, y más tarde bajaron juntos, sonrientes, de un coche de alquiler.

Es cierto que Johanna nunca antes lo había visto. El parecido de Van Gogh, sin embargo, con su autorretrato junto al caballete, esa pintura que había estado un par de meses frente al vestidor de su habitación, era sorprendente.

Ella recuerda un gesto. Vincent Van Gogh se paró frente al coche y saludó a uno de los caballos: una caricia lenta desde el entrecejo del animal, a lo largo del cuello, como si buscara agradecerle el viaje.

Johanna nunca había visto algo parecido.

Ahora que lo piensa, dos meses y un suicidio después, descubre que en ningún momento pudo vislumbrar en ese hombre que se movía en su propio ritmo y parecía más joven que su esposo, las ganas de morirse.

En estos días, el calor vuelve a París insoportable.

Sólo se muestra más amable esta ciudad cuando sopla una brisa del lado de las quintas, con aroma a verduras frescas, y logra imponerse a la fragancia ácida de la bosta de los caballos calcinándose bajo el sol.

La cita con Edith Cherniac fue casi una excusa de Johanna para escapar un rato de su casa, que dejó en manos de Zuleica. Esta joven, que parece conocerla mejor que nadie, la acompañó en la decisión porque sabe en qué momento la señora está a punto de estallar y siempre, un poco antes, la impulsa a que salga a tomar aire.

Cuando aún falta como media hora para las cinco de la tarde Johanna Van Gogh-Bonger se sienta en el Café Vachette, donde tienen la gentileza de dejar, sobre las mesas, papeles de colores para incentivar el anhelo de escribir.

El lugar todavía está convulsionado. El mozo le cuenta a Johanna que poco antes, en una mesa cercana, Verlaine, pasado de copas, incomodó a todos por la manera en que golpeaba el piso de madera con su bastón y exigía que se lo tomara en serio.

—No estoy borracho, sólo bebo para mantener mi reputación —gritaba, enardecido.

Edith Cherniac llega poco después de la hora convenida, con un vestido aligerado que apenas si toca el piso, y trae entre sus cosas un regalo para Johanna, un artículo de *The Observer* sobre Percy Shelley, además de algunos chismes poco interesantes sobre el Museo Británico y la vida de Londres en general.

Ella cuenta, por ejemplo, que en Inglaterra se ha puesto de moda un método nuevo, inventado en Nottingham: *water-closet* parecen que han bautizado a un artefacto que permite orinar sentada.

—Es muy gracioso cómo lucen los ingleses, cada uno en su trono —dice Edith, y se ríen, un poco, como en los viejos tiempos.

Muy pronto a Edith Cherniac se le desliza, en la charla, el verdadero propósito de su esfuerzo para ubicar a Johanna en París: quiere preguntar por Vincent Van Gogh.

Viene finalmente a la caza de un hombre.

Ella lo había visto pintar, hace algunos años, en Joinville o en la calle de las Abadesas, y no lo había podido olvidar. La había encandilado su instinto para mezclar, paciente, los colores en la paleta y, después, su delicada furia para volcar esos desmesurados tonos propios sobre las telas.

—Pintó el campo de trigo más intenso de la tierra, con unos cuervos picoteando el cielo como un anuncio, y después se baleó en el pecho —revela Johanna, y ella misma se sorprende con las palabras filosas que ha elegido para contar.

El clima de la charla no puede recuperarse y declina, como la tarde.

Cuando se despiden aún persiste, entre ellas, sobre la mesa del bar, una lámina fina de incomodidad.

Johanna regresa a su casa: tres horas sin saber nada de su hijo le parecen un siglo.

Esa misma noche, Johanna lee el artículo de *The Observer* sobre Percy Shelley.

Nada nuevo: otra vez más datos sobre su muerte joven en alta mar, sus desvaríos sentimentales, la rivalidad de las hermanastras Mary y Claire y la sombra sospechosa de que pudo haberlas amado a ambas al mismo tiempo, y muy pocas líneas sobre lo esencial: su labor como poeta.

Lo importante del artículo es que asegura que Henry Salt está trabajando en una biografía reivindicatoria de Shelley, impulsado por Browning, nada menos.

Mientras su casa cruje y tiende a desvanecerse en la caída del duelo, Johanna toma finalmente impulso y decide que enviará a Salt una

copia de su ensayo sobre *El himno a la belleza intelectual* que escribió durante su tiempo como becaria en Londres.

Vuelve a leerlo y, tras algunos ajustes, piensa que el texto resiste, con cierta entereza.

Todo esto marca su reencuentro con Shelley: casi tres años ha pasado sin frecuentar sus libros. Más allá de la porosidad que empieza a molestarle en la escritura, un exceso de brocados y artificios, el poeta para ella sigue vivo: *como el rumor pausado de la tarde / como una nube en noche clara / como el recuerdo de una música / como aquello que se ama por hermoso / pero más, todavía, por desconocido.*

Como casi todos los martes, Johanna y su hermano André desayunan juntos. Solos, fraternos, holandeses, sin Théo y sin Baronesa, en el café Zidanne de Montmartre. Como casi todos los martes, Johanna sabe que tendrá que esperarlo. Por eso lleva *L'Express* en su cartera Pugliese, de cuero argentino auténtico.

Y como no quiere perder el buen humor con el que se ha levantado, por ahora evita los titulares y comienza por los avisos. Lee: *Se ofrece una ama de leche, española, 24 años, leche fresca, buena y abundante.* Lo recorta.

Su hijo Vincent no está durmiendo más de cuatro horas seguidas por las noches. Johanna cree que las corridas de los últimos días pudieron haber mermado la nutrición de su leche.

También recorta otro anuncio, muy gracioso, que quizá le pueda dar pie para un futuro relato: *Aviso al público que en la calle de las Tullerías 24 se halló un tordillo viejo, ojos blancos, que un carrero me dejó con la promesa de pasarlo a buscar por la tarde y no ha vuelto más.*

André aparece por el café con una flor de aciano en la solapa del traje: la última moda parisina, un detalle que lleva la marca de la Baronesa. Él percibe una mueca de disgusto en el gesto de Johanna y se apura a defenderse con una frase de moda en Montmartre.

—El horror a los burgueses es burgués —le dice.

Alentado por una *baguette* de quesos y tomates y una cerveza hundida en agua fría, André le cuenta a Johanna más precisiones sobre la muerte de Van Gogh.

—Théo se encargaba de Vincent y yo de Théo. Y no sé quién de los dos tenía más trabajo —le dice.

André Bonger le confiesa que sí, que Théo estaba desmantelando mientras Van Gogh, en cambio, con una bala en su cuerpo, fumaba tranquilo, con la certeza de su final en la mira. El pintor veía acercarse la puerta estrecha sin angustias, y dijo en un momento: *Quisiera poder irme así...* Poco después murió en brazos de su hermano.

En brazos de mi marido. ¿Acaso podía haber sido de otra manera?, piensa Johanna para sí misma.

A veces, ni siquiera a su hermano Johanna le dice lo que piensa.

A Johanna Van Gogh-Bonger le cuesta imaginar a su cuñado muerto. Hace sólo dos meses les sirvió un almuerzo a él y al Conde de Toulouse-Lautrec, otro exótico que vive de lunes a viernes en un convento y los sábados y domingos en un burdel, y que ha aprendido a tomarse en broma el mundo, empezando por sus tremendas deficiencias físicas.

Lautrec y Van Gogh se habían vuelto entrañables cuatro años atrás, en el Estudio de Cormon, poco después de que el Consejo de Profesores de Amberes decretó por unanimidad que Van Gogh debía regresar a las clases de principiante por sus dificultades en el dibujo.

Johanna cocinó, ese mediodía, unos pastelitos con carne y unas crepes de dulce de naranja que eran la perdición de Van Gogh.

Ése fue el gran momento de su cuñado en los cuatro días que pasó en la casa de Pigalle.

Había que ver cómo se reían juntos cuando Toulouse hacía piruetas y exageraba sus dificultades para subir los cuatro pisos. Lautrec

bramaba, ese mediodía, contándole detalles de la exposición de Los Veintistas³ que se hizo en Bruselas.

Johanna se había enterado de aquel desastre, pero no conocía detalles. En Bruselas, Henry de Groux pretendió aligerar la intensidad de la pintura que lo enloquecía de envidia con dos o tres frases inteligentes.

Al parecer, no fue frente a la pareja de girasoles sino parado delante del huerto en flor con los álamos atravesando la tela que Henry de Groux suspiró, despectivo. Lautrec, seguramente descontrolado por algunas de las tantas cosas que bebe noche y día, lo retó allí mismo a duelo.

Fue un escándalo.

Los críticos dudaban de si no se trataba de una puesta en escena para lograr difusión en los diarios, pero el clima se puso cada vez más denso y los organizadores tuvieron que llamar la atención a Lautrec y retirar a De Groux de la sala. Y así, los ánimos se calmaron poco a poco.

“Lautrec reproducía en este comedor los golpes que había dado con sus tacones, en busca de padrinos, en medio de la muestra, y hacía gestos extraños para imitar la cara de espanto de De Groux.

Van Gogh se reía como un chico.

Creo que todo aquello sucedió en el segundo de los únicos cuatro días que compartí con mi cuñado. Iba a quedarse una semana con nosotros en París, pero una especie de in-

³ Los Veintistas, Los XX, fue un grupo de pintores belgas, dibujantes y escultores, que se formó en Bruselas, en 1883. Cada año, organizaban muestras colectivas e invitaban a otros artistas por fuera del grupo. Entre ellos, Camille Pissarro, Claude Monet, Georges Seurat, Paul Gauguin, Paul Cézanne, Toulouse-Lautrec y Van Gogh. En febrero de 1890, Van Gogh fue invitado a participar. Allí se vende *La viña roja*, comprada por Anna Boch, hermana del poeta Eugène Boch. Uno de los dos cuadros que se vendieron en vida del pintor. Henry de Groux nació en Bruselas en 1866. Ninguna de sus obras resultó inolvidable. Murió en Marsella, en 1930, internado en un neuropsiquiátrico.

quietud y urgencia pareció atravesarlo y lo arrastró de esta casa tres días antes de lo pautado.

El estilo de los Van Gogh.”

Después de tender las camas y de limpiar la vajilla del desayuno, después de hacer orden en la casa, recién entonces Johanna puede sentarse a escribir.

El duelo de Théo, el balazo, la agonía y el funeral de Van Gogh acaparan toda la atención, y de alguna manera dan vuelta las fechas y el calendario.

“No reparé siquiera en que, esta semana, mi hijo ha cumplido sus primeros ocho meses.

Cuando nació entendí claramente el concepto de *dar a luz*. No recuerdo nada parecido.

Era como si me hubiera corrido un paso atrás de mí misma y pudiese ser testigo privilegiada de la escena de su nacimiento, que ocurría en mi propio cuerpo, y lejos.

No sé cómo explicarlo.

Su nacimiento dejó por un instante interminable la habitación en penumbras y Vincent salió envuelto en un relámpago como de agua luminosa, que el niño se bebió de un solo trago, en su primera gran inspiración.

Tendido, agotado, lo tuve llorando un tiempo sobre mi pecho hasta que pudo encontrar después, mucho después, la calma.”

Johanna recuerda que las cuatro plantas que, en torno a la cama, había esa tarde en la habitación –dos helechos, un ficus, una magnolia– quedaron doblegadas y casi mustias después del nacimiento.